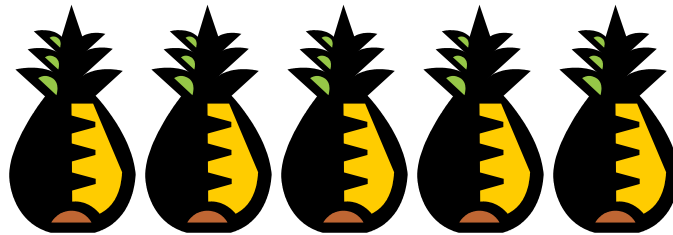


## La hora de las piñas

Por

Erin Kuhn



Era un buen día de primavera, unos en los que hay mucho sol y se puede oler el cambio de los tiempos. Carolina caminó por la calle que conoce muy bien. Era la calle en la que vivía cuando era joven con su madre, su padre y su abuela.

“Aquí está” pensó Carolina cuando llegó a 112 East Madden Street, el piso en el que vivía con su familia cuando ella tenía cinco años hasta los veinte y dos años. Hace dos años que ella ha regresado. Sus padres se mudaron a un nuevo piso más cerca del centro de la ciudad. Carolina ha insistido que sus padres no alquilen el piso antes de que ella pueda verlo por última vez. Tiene muchos recuerdos del piso y hay algo que ella quiere tener del piso para guardar para siempre.

Carolina entró al edificio y subió las escaleras que gimen con cada huella. Ella recordó este sonido muy bien. Cuando era una niña, había subido las escaleras un millón de veces. Su

apartamento quedaba en el quinto piso. Cuando ella llegó al quinto, caminó hacia la puerta marcada 5B. De repente ella se sintió muy nerviosa y todos los recuerdos de su niñez le llenaron la cabeza mientras abrió la puerta. Empujó la puerta y olió el olor a cerrado conocido. Cerró los ojos y pisó dentro del piso. Se quedó de pie por un momentito y escuchó la Rumba que a su padre le encantaba pero no había, imaginó a su madre con un plato de croquetas, su comida favorita cuando era una niña, pero no había y olió el olor de las piñas pero no había tampoco. Cuando abrió los ojos ve el piso vacío. Era pequeño, tenía una sala, una concina y dos habitaciones, una para sus padres, y una que Carolina compartía con su abuela. Aparecieron los cuartos muy diferentes sin los muebles y objetos familiares.

Entró a su habitación y se río cuando vio las paredes que estaban cubiertas con papel pintado con piñas. Cuando la familia se trasladó a Nueva York, su abuela insistió en que las paredes en su habitación tuvieron papel pintado de piñas. Las piñitas eran muy vivas y cubrieron toda la pared, del techo al suelo. Carolina anduvo al centro del cuarto y el suelo de madera hizo un ruido áspero a cada paso. Parece como nadie había pasado en el suelo por muchos años y como el suelo, los recuerdos hicieron un ruido y se agolparon en su memoria.

Cuando Carolina tenía cinco años, su familia se trasladó de Cuba a Nueva York. Ella no recordaba mucho de los primeros días menos que era muy difícil porque nadie de su familia hablaba inglés. Recordó la felicidad de sus padres cuando encontraron este piso. Al principio, a Carolina no le gustó el piso ni Nueva York porque era muy diferente a Cuba. Había mucho ruido y gente que tenía mucha prisa. También ella no podía correr por las calles como corría por las plantaciones de las piñas que rodeaban su casa en Cuba. En Cuba, su familia poseía una

plantación de piñas que tuvo mucho éxito pero algún otoño todo lo que poseyó la familia fue destruido por tres huracanes gigantes seguidos de la muerte de su abuelo y su hermano mayor, fue el golpe más tremendo. Después de esto, su familia decidió trasladarse a Nueva York.

A Carolina le encantaba compartir la habitación con su abuela porque siempre le contó a ella cuentos de Cuba antes de dormirse. Carolina no recuerda mucho sobre de su patria porque era muy chica cuando su familia se fue el país.

“Abuela,” susurró Carolina a su abuela, “¿puedes contarme una historia sobre tu país, Cuba?”

“Sí, cariña, pero no te olvides que eres de Cuba también. Somos cubanas, hija mía.” Le dijo la abuela a Carolina. “Pues, cuando era una niña, a mí me encantaban las piñas, pues a mí me encantan las piñas hoy también, pero cuando era joven mi padre me traía una piña de la plantación cada noche cuando regresó de su trabajo. Comí tantas piñas que mi padre me dijo que iba a llegar a ser una piña. Nosotros reímos y nos reímos mientras comimos la piña y mi padre me contó cuentos hasta que comimos la piña entera. Después que la comimos, yo me acosté y soñé con las piñas y la próxima noche cuando pude comer las piñas, con mi padre.”

Cuando Carolina tenía doce años, caminaba a la escuela cada día. Un día, vio una frutería con las piñas. Compró una piña para su abuela. Cuando regresó a la casa y le dio la piña a su abuela, ella tenía una sonrisa muy grande. Su abuela cortó la piña en pedazos para comer los dos. Mientras la comieron, su abuela le contó historias de Cuba a Carolina. Cuentos de su abuelo, su padre cuando era una niña y del mar. “Cariño mía,” siempre le dijo, “Cuba es la perla del Caribe. No hay nada más hermoso que nuestra isleta. Estas piñas son buenas pero las de

Cuba son las mejores del mundo. Tienes que regresar a Cuba cariño, si sólo para comer las piñas.” Llamaban este momento “la hora de la piña” y cada viernes Carolina compraba una piña y a dos comieron mientras la abuela le contaba historias.

Cuando Carolina tenía diecinueve años, se fue a Nueva York para asistir a la Universidad de Boston. Había recibido una beca para escribir y aunque ella no quiso dejar Nueva York y su familia, ella sabía que pudo denegar la beca. Aunque ella estaba muy ocupado con sus estudios, llamó a su abuela cada viernes a “la hora de la piña”.

Su abuela estuvo muy enferma durante todo este invierno y murió la semana pasada. Carolina regresó a Nueva York para el funeral. Hace dos años que había visto a su abuela pero parecía ayer que a dos se sentaron en esta habitación mientras comieron piñas. Caminó hacia un rincón, sacó un cuchillo y cortó un pedazo de la pared pintada de las piñas y lo puso en su billetera para guardarlo y recordarlo para siempre. Salió de la habitación, pasó por la sala y mientras cerraba la puerta por última vez, sabía que nunca iba a olvidar.